Constantino Láscaris Comneno.

Recuerdos de un pasado que parece apenas un ayer: la anécdota como retrato*

Prenotandos

Antes de entrar en el tema, quisiera aclarar algunos detalles con miras a que ayuden a interpretar mejor lo que seguirá en el resto de esta presentación.

En una ocasión como esta, cuando con nuestro recuerdo rendimos homenaje a un hombre que había adoptado a Costa Rica como su patria, que hizo una superlativa contribución a la educación superior y a la cultura general de este país, y que hace 25 años nos dejó inesperadamente, pueden asumirse actitudes diversas. En buen estilo las-cariano, podríamos reflexionar sobre la muerte y sobre el significado que ese punto final de la existencia personal —o ese punto y seguido de la historia de una comunidad— pueda tener para quienes intentan de alguna manera continuar las tareas inconclusas. O se podría, por medio del análisis de las obras que nos legó, intentar esa continuación, ya que incluso la crítica es una manera de perpetuarla. Otra posibilidad sería que, cual Jeremías bíblicos redivivos, entonáramos endechas y recordáramos con nostalgia que todo tiempo pasado fue mejor.

Pero también podríamos cantar a la vida y estar agradecidos, con Dios o con el propio fallecido —o con ambos, como cada uno decida por su cuenta— por lo que en vida contribuyó esa persona a la que se le ofrenda tributo, para hacer que la vida fuera más vida, y para que la vida personal e intransferible de quienes hubieran trabado amistad con él se viese enriquecida. Este es el camino que hemos tomado.

Por eso, cuando me pidieron participar en esta mesa redonda, después de recordar este

aniversario en una reunión de la Asociación Costarricense de Filosofía, decidí no hablar sobre ningún aspecto del pensamiento del Dr. Láscaris —cosa que, sin lugar a dudas, harán los otros miembros de este panel—, sino, más bien, hablar de don Constantino Láscaris, es decir, de la persona. Las notas que siguen son, por ende, de carácter personal y testimonial. Les puse, como subtítulo, «Recuerdos de un pasado que parece apenas un ayer: la anécdota como retrato». Representan, en ese estilo de descripción, mi retrato del «Doctor». Ya algo de esto intenté en una brevísima nota que se publicó en la *Revista de Filosofía*, en 1982, y que titulé «Constantino Láscaris: la historia como anécdota». Esa nota la escribí, en parte, en 1979, estando yo con mi familia en los Estados Unidos, apenas recibí la noticia del fallecimiento de don Constantino. La completé en 1982. Puesto que de eso hace ya 22 años, creo que no importará que algún que otro dato lo repita aquí, en este homenaje más completo.

No debe sorprender, consecuentemente, que en estas palabras hable de otras personas y aun de mí mismo. Por consideración y respeto, en algunos casos no he mencionado nombres. Quizás algunos de los presentes puedan identificar a algunos de los personajes a los que me referiré, pero no es mi interés que se haga tal identificación. De todos modos, al hablar de todos ellos, incluido este servidor, lo hago por dos razones principales: ya sea porque lo que se dice tiene que ver directamente con don Constantino, y en ese caso la mención se justifica a sí misma, o porque lo que se dice viene a ser como una especie de telón de fondo que le da

perspectiva a la descripción. Como no soy dado a hablar de mí mismo en público, ruego que, por esta vez y dadas las circunstancias, se me perdone el atrevimiento.

Dicho lo anterior, me tomo la libertad de iniciar este testimonio con una cita que no tiene nada que ver con don Constantino. Posteriormente señalaré la relación:

Y ve que también [él] llegaba...: un hombre de baja estatura, cabeza puntiaguda, arqueado de piernas, robusto, de cejas fruncidas, nariz aguileña [o de nariz algo pronunciada], lleno de gracia. Unas veces parecía hombre; otras, tenía rostro de ángel.

Con estas palabras –con las que quiero iniciar este sencillo homenaje al recordado profesor y querido amigo cuya memoria nos convoca en esta ocasión–, un anónimo autor, probablemente del siglo segundo, describe a quien fue el misionero a los gentiles: Saulo de Tarso, mejor conocido como el apóstol Pablo o, simplemente, San Pablo. Tal descripción se encuentra en el apócrifo neotestamentario que lleva el nombre de *Hechos de Pablo*. Esta obrita incluye una sección que, según los testimonios de los que tenemos noticia, circuló independientemente entre las comunidades cristianas de oriente y se conoce con el título de «Hechos de Pablo y Tecla». Hace pocos meses tuve el privilegio de traducir al castellano esa sección, de unas ocho páginas de texto griego.

Al pensar en este homenaje, regresaron a mi mente imágenes de acontecimientos que ocurrieron en 1956 y que, en los misteriosos laberintos formados por las anfractuosidades del cerebro, se conectaron con la manera como, en el apócrifo citado, se presenta la figura de Pablo, el de Tarso.

Corría precisamente el año citado y hacía poco menos de uno que yo había llegado a Costa Rica, procedente del archipiélago canario, de aquella isla que en su nombre lleva el título de «Grande»: la Gran Canaria. Ya había decidido lanzarme a la aventura de iniciar mis estudios universitarios y combinarlos con los que seguía en el Seminario Bíblico Latinoamericano. Tal aventura significaría pasar todas las mañanas, de lunes a viernes, en clases en esta última institución; y todas las tardes, de los mismos días, en las aulas de la Universidad. Recuérdese que por

aquellos tiempos, y referido a nuestro país (pues este lo hice mío hace muchos años), no era necesario ponerle apellido a la palabra «Universidad». Pues esta, la Universidad de Costa Rica, era «la» Universidad, la «única» Universidad; en fin, «la U». Me inspiró y alentó en este proyecto-aventura el profesor venezolano Alejandro Yabrudy, por entonces exilado en Costa Rica por gracia y virtud de la dictadura de Pérez Jiménez. Yabrudy había sido secretario personal del presidente Rómulo Betancourt.

Antes de continuar con el relato de aquellos años (¡pronto hará medio siglo!), permítaseme salir de la ruta principal de este relato y tomar un pequeño desvío, que me llevará a muchos años después, para narrar una anécdota, muy indirectamente relacionada con nuestro homenajeado y que tiene que ver con lo que acabo de indicar acerca de nuestra Universidad

Sucedió en uno de los salones del edificio de la Asamblea Legislativa donde se celebraba un acontecimiento significativo para la mayoría de los costarricenses, y particularmente significativo para algunas personas: el hecho de que Constantino Láscaris Comneno había sido nombrado Benemérito de la Patria. Después de las ceremonias protocolares, se pasó a la tertulia entre grupos constituidos espontáneamente, mientras, de manera muy informal y peripatéticamente, tomábamos y comíamos algo. En un determinado momento, conversábamos, de pie, la distinguida matemática y profesora Teodora Tsijli (de la UCR y de la UNA), el excelente latinista y profesor Faustino Chamorro (de la UNA) y este servidor. No recuerdo con precisión de qué hablábamos, pero sí sé que el tema tenía que ver con las dos Universidades mencionadas. Y en una de mis intervenciones dije, en broma, pero sin espíritu socarrón, lo siguiente: «Bueno, la UNA, que en realidad no es la una, porque verdaderamente la una es la otra, y esta otra es la UNA...». Quería destacar, con este juego de palabras, la prioridad cronológica (y, para mí, dicho sea de paso, casi ontológica) de la institución que en mi espíritu seguía siendo «la Universidad». La mirada sorprendida de los otros colegas no me pareció muy complaciente... Quizás no les gustó la broma.

Dije antes que esta anécdota se relaciona solo muy tangencialmente con Láscaris. Pero

esta tangencialidad es doble: por una parte, la que representa la emotivamente cargada ocasión de aquel homenaje *in memoriam*, como reconocimiento a la labor de una vida fructífera, de la que dedicó 23 años «de tiempo completo» a este rincón de la cintura de América; pero, por otra parte, el juego de palabras que yo hacía era, en cierto sentido, reflejo —pobre, indudablemente, pero reflejo al fin— de los juegos de palabras a los que era dado el propio don Constantino, tanto en sus excelentes conferencias magistrales como en sus conversaciones de cafetería, alrededor de una mesa con muchas tazas de café. En otra ocasión relaté lo que me respondió cuando, precisamente en la cafetería del edificio que entonces ocupaba la Facultad de Letras, se ofreció a llevarme en su carro hasta el centro de San José. Fuimos al estacionamiento de dicha Facultad y me sorprendió no ver por ninguna parte el conocido «Jaguar». La última vez que me había subido a ese automóvil, era evidente que el pobrecito se encontraba en muy malas condiciones: estaba tocado de muerte y no valía la pena invertir nada en él, ni siquiera para reparar el tapizado, ya hecho jirones. Don Constantino caminó directamente hacia un «Mercedes Benz», y yo lo seguí. Mientras abría la puerta delantera, le pregunté: «Doctor, ¿se deshizo del Jaguar?». Su respuesta fue instantánea: «No. El Jaguar se deshizo».

Volvamos a 1956.

Desde finales de noviembre de 1955, vivía yo en Orotina, donde, durante el verano, cumpliría con mis responsabilidades de estudiante del Seminario Bíblico. Se había iniciado ya el período laboral de enero de 1956, después de las consabidas fiestas, cuando regresé a San José para continuar con los trámites de ingreso a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad.

En aquella época se exigía que los extranjeros que quisieran matricularse en la Universidad deberían pasar un examen de Historia de Costa Rica, de la que prácticamente no se nos había enseñado nada en el Colegio (como tampoco nos habían enseñado absolutamente nada de la historia de mi propio terruño, las Islas Canarias, tal como correspondía, de acuerdo con el desprecio por ciertas regiones de que siempre hizo gala, en su sistema educativo, el régimen franquista). Me había afanado en el estudio del texto de Carlos

Monge, muy popular por aquellos y posteriores años. No había hecho todavía ese examen de Historia cuando debí ir a la Oficina de Registro —ubicada a la sazón donde hoy se erigen los edificios de la Corte—, para seguir el proceso de matrícula y recabar información acerca de lo que debería hacer para presentar dicha prueba. Cuando llegué a la oficina, tuve que hacer fila. Como siempre me he sentido incómodo en las colas —quizás por el temor de que al llegar a la ventanilla me digan: «Venga usted mañana»—, me dediqué, durante la lenta espera, a leer los anuncios que estaban clavados en el tablero que para ese propósito había en una de las paredes cercanas, a la izquierda de la ventanilla. Grande fue mi sorpresa, con indescriptible alegría, cuando leí en una de las hojas de avisos la siguiente información escrita en más o menos estos términos: «Los estudiantes españoles que posean el título de “Bachiller universitario” no necesitan hacer el examen de Historia de Costa Rica». Yo poseía ese tal “Bachillerato universitario”.

La indescriptibilidad de mi alegría no fue causada por el hecho de que no tenía que estudiar esa materia, pues ya lo había hecho. Debíase, más bien, a que así como no me gustaban las filas tampoco me gustaban los exámenes. Y nunca, hasta hoy, me han gustado, especialmente esos que llaman «exámenes finales».

Pues bien, iniciamos las clases el primer lunes de marzo de 1956. Estaban entonces construyendo el edificio que sería conocido como la Facultad Central de Ciencias y Letras, por lo que, por un año, tuvimos que convertirnos en precaristas en los predios de la Facultad de Ingeniería.

Allí recibíamos nuestras clases bajo la tutela de algunos excelentes profesores: Teodoro Olarte, Abelardo Bonilla, Doménico Vítola, Ligia Herrera, Ernesto Wendel y otros. Varios han dado ya el salto a la eternidad.

Pero allí también, precaristas que éramos, servimos de conejillos de Indias para lo que llegaría a ser un muy exitoso experimento en la educación superior costarricense: la Reforma universitaria de 1957.

El mismo año del inicio de mis estudios universitarios —que era también mi segundo año de estudios en lo que es hoy la Universidad Bíblica Latinoamericana— llegaron a Costa Rica varios

profesores que serían, en buena medida, los responsables del éxito de la reforma que empezaba —como decíamos en la tierra donde nací— a hacer peninos, o sea, a dar sus primeros pasos, y que, por cierto, los estaba dando con decisión y firmeza. Llegaron, entonces, entre otros, los doctores Santoro, Veillard-Baron, Saumells y nuestro Constantino Láscaris.

El último grupo de la promoción de «Filosofía y Letras», el de 1956, fue uno de los escogidos en ese mismo año para que sirvieran de conejillos de Indias. Nosotros constituiríamos la clase cuyo número, en algunas ocasiones, se vería aumentado por la presencia de otros «alumnos» muy especiales: aquellos «profesores-convertidos-en-alumnos» que serían responsables de la enseñanza de la filosofía en Estudios Generales, cuando la reforma arrancara con todo vigor en marzo de 1957. Parte de la preparación consistiría en que los profesores extranjeros contratados por la imaginación visionaria de ese ilustre costarricense que se llamó Rodrigo Facio, impartirían clases que debían presenciar los responsables a los que acabo de aludir.

Así fue como nos anunciaron que cierto día nos tocaba a nosotros ser los mentados conejillos. Y llegó ese día.

Precisamente en este punto de estos recuerdos, quisiera imitar, solo imitar, el texto citado al principio y que tomamos de los «Hechos de Pablo y Tecla»:

Y vemos que entra al aula un hombre de baja estatura, cuerpo medio desgarbado, cabeza con abundante y un tanto desordenada cabellera, de nariz bastante pronunciada, cejas pobladas, bajo las cuales uno de los ojos parecía a veces mirar al infinito. De andar tranquilo, desenfadado y sin ostentación. Su ropa, algo desaliñada.

Físicamente se asemejaba a un hombre común, que estaba bastante lejos de satisfacer el canon. Recuérdese que una de las definiciones que el *Diccionario de la Real Academia Española* da de esta palabra sostiene que «canon» es: «Regla de las proporciones de la figura humana, conforme al tipo ideal aceptado por los escultores egipcios y griegos»; o, en palabras más sencillas (del *Diccionario de uso del español*,

de María Moliner): «Figura humana de las proporciones ideales». Otro español, que también echó raíces en esta pródiga tierra y dio lustre a la educación costarricense, llegaría a decir muchos años más tarde, que nuestro profesor tenía el físico absolutamente indispensable para no ser solo un ente metafísico.

Al principio, aquel profesor nos pareció persona extraña. Cuando entró al aula no lo hizo como pavo real, estrella de algún importante espectáculo que se estuviera montando. No habló con nadie. Y en vez de hacer lo que todos esperábamos —o sea, dirigirse a la mesa, sentarse y comenzar su lección—, caminó directamente hacia la ventana. Apoyó allí su codo sobre el alféizar, colocó su mano en la barbilla y se mantuvo sin pronunciar palabra... hasta que se produjo un silencio total en el aula. Si hubiéramos prestado atención, habríamos escuchado la respiración de los demás compañeros.

Entonces sí caminó hacia la mesa y, sin sentarse, pidió que alguien se ofreciera de voluntario y se acercara a la pizarra. Teníamos como compañero de estudios a un joven alajuelense que se había iniciado como universitario el año anterior, pero había cambiado de carrera por haber descubierto que aquella primera no era lo que quería. Si mi memoria no me falla, fue él quien aceptó la invitación. Era de esos estudiantes a los que solemos calificar como de «echoa pa' lante», siempre dispuestos a aceptar retos que les plantearan en el aula.

Una vez ante la pizarra, el desconocido profesor le pidió que tomara tiza y escribiera estas extrañas palabras: «Los perros ladran a quienes no conocen». Y comenzó su lección, con un primer ejemplo —primero para nosotros—, de la mayéutica socrática puesta en práctica con extraordinaria habilidad y sabiduría, obligándonos a parir lo que llevábamos dentro. Fue, en general, la tónica de su labor docente en los 23 años que vivió en Costa Rica.

Así conocí a Constantino Láscaris Comneno.

Dice también el texto citado en que se describe a Pablo de Tarso que este «unas veces parecía hombre; otras, tenía rostro de ángel». Se trata, sin duda alguna, de la apreciación subjetiva de alguien que sentía una profunda admiración por

el Apóstol de los gentiles, y revela, con toda seguridad, la alta consideración con que, en la misión cristiana al mundo pagano de entonces, era tenido por sus fieles seguidores, tanto en Iconio –donde tiene lugar el encuentro al que se refiere la cita inicial– como en otras partes donde ejercía su obra misional. Aunque no era de palabra brillante (lo confiesa él mismo cuando dice: «Mi palabra y mi predicación no tenían nada de la argumentación persuasiva de la sabiduría humana» [1 Corintios 2.4]), poseía una mente muy aguda (lo deducimos de sus escritos, especialmente de la carta a los Romanos, donde muestra un buen conocimiento de la retórica griega); aunque a veces era intolerante (lo leemos en el Nuevo Testamento, en los «Hechos de los apóstoles», cuando pelea con Bernabé y se niega a llevar, en el segundo viaje misionero, a Juan Marcos: Hechos 15.36-41), no escatimaba sacrificios, cuando de ser fiel a su vocación se trataba (lo dice ese mismo texto y se muestra en sus cartas; y fue así «porque Cristo se le había clavado en el alma», para decirlo en palabras de un poeta y novelista evangélico latinoamericano, el Dr. Sante Uberto Barbieri); aunque fue incansable en su actividad evangelizadora («todo lo he llenado del evangelio de Cristo», se atrevió a afirmar cuando les escribió a los cristianos de Roma [15.19]), siempre tuvo tiempo para escribir, a comunidades y a personas por separado, para animarlas, interceder por otros, corregir errores o expresar sus propios sentimientos. Fue esa impresionante mezcla en su personalidad la que hizo que a los ojos de Onesiforo de Iconio (a quien se le atribuye la apreciación que hemos comentado y tratado de imitar), Pablo le pareciera ser, a veces, un ser humano; y otras, un ángel.

Muchos de los elementos que acabo de mencionar no se aplican, de manera directa, al Dr. Láscaris. Para comenzar, él no se confesaba cristiano. En cierta ocasión, cuando fue a matricular a sus hijas en un colegio religioso debió llenar un formulario. Notó que en este se incluía una pregunta relativa a la religión del firmante. Al contármelo, añadió, con su característica y como medio reprimida sonrisa: «En ese espacio escribí: “taoísta”».

Su no confesionalidad religiosa siempre estuvo acompañada de un profundo respeto por la profesión que de su religión hicieran los demás.

Mi primera conversación personal con el Dr. Roberto Saumells se produjo poco antes de que yo presentara mi examen de tesis –tesis en cuya preparación conté con la guía de don Constantino–. Fue este quien me presentó al ilustre matemático. Entre otras cosas para mí halagüeñas, le dije al Dr. Saumells que yo era «el equivalente protestante del arzobispo de Costa Rica». Además de la hipérbole a la que los amigos suelen echar mano cuando hablan de sus amigos a otras personas, esas palabras tenían como trasfondo el hecho de que yo había ido adquiriendo cierta ascendencia en el mundo protestante de nuestro país (hecho que un par de años después me llevaría a ser elegido presidente de la Alianza Evangélica Costarricense, a la que pertenecía, en aquellos días, la inmensa mayoría de las iglesias protestantes que realizaban obra aquí). La verdad es que ni las posiciones que había ocupado hasta entonces ni el oficio de presidente de un organismo protestante como el mencionado tenían, ni tienen, de hecho, nada en común con el oficio de arzobispo de una confesión cristiana. Quizá don Constantino creía que yo estaba investido de más autoridad de la que realmente me concedían mis correligionarios. Sea lo que fuere, lo que me interesa destacar es que la anécdota revela esa deferencia que el Maestro siempre mostró por las creencias y opiniones de los demás. Sus propias convicciones nunca se interpusieron en el trato con otras personas y siempre fue respetuoso. Claro, quienes lo conocimos sabemos que él también tenía la capacidad de enojarse... y se enojaba. Pero se contenía. Al parecer sabía cuándo podía, o debía, estallar. En la sala número 10 de lo que era el edificio de la Facultad de Letras hubo, un miércoles en la tarde, una sesión explosiva de la asamblea de la Escuela de Filosofía. No voy a dar datos específicos, ni de los personajes que intervinieron ni del asunto que tan acaloradamente se discutía. Fue una sesión muy tensa. De hecho, la más tensa de que yo tenga memoria, de los múltiples asambleas a las que asistí. Hubo algunos encontronazos personales y algunas voces alzadas. Pero no pasó a más. Cuando terminó la asamblea, los ánimos de varias personas estaban exacerbados. Entre ellos, el de Láscaris, quien, fuera ya del recinto y hablando con unos pocos que habíamos salido con él, explotó de veras.

Estos hechos corresponden a aquello, en nuestro texto inicial, de que, unas veces, Pablo parecía hombre. Y sí que lo era Láscaris. Más adelante regresaremos a este aspecto de su persona, desde otra perspectiva.

Pero... ¿se mostraría el Dr. Láscaris de alguna forma «como ángel»?

Veamos.

Vamos a jugar un poco con el significado de las palabras. No es por mero ejercicio de gimnasia semántica. Espero ser capaz de mostrar la validez de este juego, en este contexto anecdótico. Y permídeseme de nuevo el circunloquio.

Unos años después de la puesta en marcha de la reforma universitaria mencionada, llegó a Costa Rica otro distinguido profesor. También español, había radicado por muchos años en Guatemala, donde ejercía la docencia universitaria en la Universidad de San Carlos. Me refiero al Dr. Salvador Aguado Andreut. Figura polémica en nuestro medio, no siempre fue culpable de las tensiones y roces personales que su presencia provocó.

Al Dr. Aguado, tanto en sus clases magistrales como en sus conferencias públicas, lo «acompañaba y seguía» casi siempre una «agregación de gente [...] en obsequio, autoridad o aplauso» (para usar la definición que el *Diccionario de la Real Academia Española* da de la palabra «séquito»). No se trataba solo de los estudiantes de sus cursos. También formaban parte del séquito personas interesadas en aprender del ilustre profesor y otras —¿por qué no decirlo?— cuyos intereses en el fondo no tenían nada que ver con la academia. Esto y lo que diré de inmediato, en lo que a mí concierne, no es chisme, porque lo oí, permídeseme el pleonismo enfático, «con mis propios oídos».

Aguado Andreut poseía unas extraordinarias dotes oratorias, complementadas y acrecentadas por ciertas habilidades, naturales unas y cultivadas otras, que lo convertían en ídolo de muchas personas y, permídeseme el uso de una metáfora sin connotaciones eróticas, en objeto de placer estético.

Me explico.

Para comenzar, su voz era de bajo profundo, esa que solía calificarse como «voz ideal para un locutor de radio». Además, la modulaba

muy bien. Vocalizaba de manera perfecta. Sabía distribuir con mucha habilidad el volumen y la inflexión de su voz, y la velocidad de su discurso. ¡Ah! Y las pausas. Estas eran geniales. Cuando, de manera particular, quería captar la atención de su auditorio, respecto de algo que acababa de decir, hacía una pausa, miraba directamente a su público... y cerraba totalmente uno de sus ojos sin que pudiéramos percibir, quienes presenciábamos el espectáculo, ni una sola arruga en el párpado. En ese momento, uno podía escuchar, de quienes estaban alrededor, los suspiros de las jóvenes y de las no tan jóvenes —algunas de ellas «de la sociedad»— que constituían, digámoslo así, el «séquito no académico» de tan eximio orador. Efectivamente, para quienes tenían gusto por el arte oratoria, el mero hecho de escuchar un discurso o conferencia del Dr. Aguado podía constituir una placentera experiencia estética.

Quizás a estas alturas ustedes se pregunten a cuenta de qué viene esto.

Es que Láscaris también tenía, *mutatis mutandis*, su séquito. Igual, pero diferente.

Y vuelvo a lo del juego de palabras.

«Ángel» es, dice el Diccionario, «cada uno de los espíritus celestes creados». La mitología cristiana lo ha representado como ser alado. Pero, aún dentro de este marco referencial, un ángel también es una «persona en quien se suponen las cualidades propias de los espíritus angélicos, es decir, bondad, belleza e inocencia» (DRAE). Creo, humildemente, que no podríamos aplicar a Láscaris ninguno de los dos significados de la susodicha palabra.

Pero «ángel» es la palabra griega para «mensajero» [*ángelos*]. O sea, que un ángel es el que lleva un mensaje, el que hace un anuncio, un portavoz. Pareciera, pues, que la palabra apunta no solo (¿o será «no tanto»?) a la persona (sea esta humana —así se testimonia también en el mismo Nuevo Testamento— o celestial) sino al mensaje de que ella es portadora.

Láscaris era un excelente comunicador, tanto por medio de la palabra escrita como por medio de la palabra hablada. Su oratoria no se fundamentaba principalmente en técnicas retóricas, a las que sabía recurrir cuando la ocasión era propicia. No tenía la voz profunda de locutor de radio ni jugaba con sus párpados. A veces,

cuando se sentaba tras la mesa desde la que iba a hablar, sobre todo en los actos formales (porque en los informales llegaba hasta a sentarse en la propia mesa), su posición era bastante descuidada, con los hombros medio caídos hacia delante, con total soltura, los antebrazos apoyados en el borde de la mesa, sin la tiesura o afectación de quien es consciente de que tiene que tratar de «mantener las formas». Por mucho tiempo solía incluso enroscar, sí, literalmente enroscar su pierna derecha alrededor de la pata de la silla en que estuviera sentado.

¿En qué radicaban pues sus dotes de orador?

Comencemos por lo principal: Láscaris, cuando hablaba, decía. Tratárase de lo que se tratara –de personajes como Gracián o Quevedo, Heráclito o Sartre; o de movimientos filosóficos del mundo antiguo o de la edad contemporánea–, su discurso no era fútil ni para entretenimiento de sus oyentes, aunque entretenía. Y en esto era mensajero y, por ende, «ángel». De mente privilegiada y acutísima, su excelente dominio de la palabra estaba al servicio de la idea. Y esto era exactamente igual ya fuera en una de las conferencias magistrales de Estudios Generales –dirigidas a estudiantes de primer año, imberbes que llegaban a la Universidad sin siquiera el barniz de filosofía que pudieran haberles dado en el colegio–, en los cursos superiores del Departamento (y posterior Escuela) de Filosofía o en las conferencias que organizaba, por ejemplo, el Instituto Costarricense de Cultura Hispánica.

Su verbo era galano, pero sin las afectaciones de quienes procuran que su pronunciación se ajuste cabalmente a los cánones de la dicción académica. Parece escucharlo todavía pronunciar en «-ao» las terminaciones participiales en «-ado», común en su habla cotidiana. Hablaba con gracejo, con una agilidad tal que podía, sobre la marcha, jugar con las palabras y ofrecer esclarecedoras explicaciones que permitían al oyente abrir su mente a un mundo de relaciones a veces insospechadas. Su dominio de las múltiples facetas del pensamiento griego y de la historia de la filosofía, incluido el anecdotario de los propios personajes, no solo era el soporte fundamental para la construcción y exposición de su pensamiento sino que, además, se convertía en recurso ilustrativo de sus ideas. Este último aspecto fue,

probablemente, la razón de que en cierta oportunidad me pidiera que si en mis viajes y visitas a las librerías de otros países encontraba algún libro que tuviera que ver con mujeres dedicadas a la filosofía, se lo consiguiera. Tenía, me dijo, el propósito de escribir una obra sobre filósofas, escrita, eso sí, al estilo del texto de Diógenes Laercio; «o sea –añadió con su sonrisa medio sardónica, seguida de la característica tosecita producto, seguramente, del mucho fumar–, a base de chismes».

En el año 1960 yo estaba pasando por una situación económica algo estrecha. En enero había nacido mi hija. Vivíamos en Barrio Lujan, hacia el sur de la Dos Pinos. Un día llegó a mi casa don Constantino. Su presencia me tomó por sorpresa. No me imaginaba que supiera dónde vivía (y nunca le pregunté cómo se había enterado). Me dio mucha pena que, literalmente, no teníamos siquiera una silla decente que ofrecerle para que se sentara con comodidad. Llegó a ofrecerme trabajo en Estudios Generales. Como me había comprometido a trabajar en una institución de cuyo nombre me acuerdo muy bien, pero no quiero mencionar, sentí la obligación moral de hacer algo que, después, consideré un gran error: pedí permiso a las autoridades de esa institución para aceptar el ofrecimiento que se me hacía. Y me lo negaron.

Como año y medio después fui a estudiar al «Princeton Theological Seminary», en Estados Unidos de América. Regresé al país en julio de 1962, con una flamante maestría bajo el brazo. Y en 1963 viaja don Constantino a Alajuela, donde ahora vivíamos (ya éramos cinco en la familia), para, de nuevo, ofrecerme trabajo en Estudios Generales. Esta vez para suplir a una profesora que iba a gozar de licencia por estar ya en los últimos meses de su embarazo. Como había asimilado bien la lección de la experiencia anterior, en esta oportunidad apliqué lo que, muchos años más tarde, aprendí como refrán: «Mejor pedir perdón que pedir permiso». Y acepté. Mis jefes de entonces no sólo no se molestaron por la inconsulta decisión sino que me dieron todo su apoyo, pues consideraron que con ese nombramiento también se honraba a la institución con la que trabajaba. La suplencia se prolongó. Don Constantino fue mi «padrino» cuando gané el

concurso para la asignación de tiempo «en propiedad». La profesora Marielos Giralt, sabiendo esto, me dijo, antes que en el Departamento de Filosofía se efectuara la votación correspondiente, que no me preocupara, pues «ese concurso tiene nombre y apellido».

Don Constantino fue conocido, en el ámbito de la Escuela de Filosofía, como «el Doctor». Este casi insignificante detalle, de que lo llamáramos “Doctor” sin necesidad de añadir nombre y apellido, mostró una doble cara: de don Constantino, revelaba la alta estima en que fue tenido, prácticamente desde su incorporación a la Universidad de Costa Rica, por sus colegas y, en general, por cuantos tuvieron el privilegio de tratarlo, como académico y como persona. No era necesario hablar del «doctor Constantino Láscaris». Bastaba con decir, simple y llanamente, «el Doctor», y ya sus propios colegas y los estudiantes de filosofía sabían a quién se refería quien así hablaba. Y, cosa interesante, hasta donde yo tengo noticia, nunca se le subieron a la cabeza los humos de su doctorado, aunque en aquellos tiempos había muy pocos doctores en Filosofía y Letras y en la rama de filosofía de Estudios Generales.

Pero, desafortunadamente, este hecho tuvo su contraparte. Profesor hubo que, por las razones que hayan sido —no me toca juzgarlas, aunque tengo mi muy personal opinión—, se sintió molesto y hasta fastidiado cuando escuchaba a sus colegas hablar de «el Doctor» para referirse a Láscaris, porque, a fin de cuentas, el profesor de marras también era doctor. Y, en efecto, así llegó a manifestarlo. (Quiero señalar, en honor a la verdad, que la persona a quien aludo, por lo general de aspecto hosco y bastante seco en su trato con los demás, conmigo siempre fue muy amable, deferente y respetuoso... aunque nunca lo tuve como profesor. Yo lo trataba con la misma amabilidad, deferencia y respeto. Ya no está entre los mortales).

Este desvelamiento natural, no artificioso, del carácter de la persona a quien ahora homenajeamos —carácter que también hemos tratado de realzar por contraste—, se expresó así mismo en otros detalles que pudieran parecernos insubstanciales. Por ejemplo, para mí fue sorprendente escucharlo pronunciar estas palabras, en cierta ocasión cuando conversaba con otra persona: «Yo no soy filósofo; soy historiador de la filosofía, que

no es lo mismo». En aquel momento solo atiné a exclamar, para mis adentros: «¡Caramba!». Y ahora, veinticinco años más tarde, cuando escribo estas líneas me vienen a la memoria dos otros datos de muy diversa naturaleza, pero atinentes al caso. Recuerdo, por una parte, un texto de Epicteto: «No te des jamás el título de filósofo ni pierdas el tiempo en predicar hermosas máximas ante ignorantes; lo único que debes hacer ante ellos es practicar simplemente lo que esas máximas aconsejen» (*Enchiridion* 46; traducción de Juan B. Bergua, como «*Máximas sobre la filosofía y los filósofos*, número 12»); y, por otra, una de las geniales tiras cómicas de Olafo el Vikingo. Conversa Olafo con el sin par Siripo y le dice (cito de memoria): «Descartes afirmó: “Pienso, luego existo”». Siripo, con esa su cara de inocencia infinita y de supina ignorancia, después de una pausa pregunta: «Y yo, ¿qué?». Aunque espero no haber puesto la misma cara, sí me hice una similar pregunta.

Su sencillez y natural espontaneidad en ocasiones nos colocaba en la necesidad de tomar decisiones incómodas para no ofender. Quienes hemos estado casados —algunos reincidentemente— sabemos que, salvo excepciones, que las hay, a las esposas no les gusta mucho que sus maridos lleguen inopinadamente a casa acompañados de alguien... a quien a última hora han invitado a comer. A pesar de mis negativas iniciales y de mis protestas, don Constantino hizo eso conmigo en varias oportunidades. Por su insistencia, me tragué mi vergüenza, ya que sabía que lo hacía de corazón y porque yo quedaba profundamente agradecido por ese gesto. Así era él.

Muchos detalles más, de la misma o similar naturaleza de los expuestos hasta ahora, podrían añadirse para tratar de ir completando este retrato de la figura humana que fue el Dr. Constantino Láscaris Comneno; pero ya me he extendido en esta exposición más de lo que se permite en una mesa redonda como esta. Me tomo la libertad, no obstante, de añadir tres otros datos que para mí resultaron, cuando ocurrieron, curiosos, sorprendentes o aleccionadores (o las tres cosas juntas) y, ahora, muy gratos de recordar. Y con ellos, concluyo esta presentación.

El primero se remonta, si mi memoria no me falla, a 1970 —(tendría que cotejar el dato con

la información que tengo en mis archivos, pues guardé la documentación)—. Transcurría ese año cuando recibí, inesperadamente, una carta que procedía de la compañía aérea Panamerican (que tenía sus oficinas en el costado oeste del Parque Morazán). En ella se me informaba que había llegado una orden, expedida por la compañía aérea griega Olimpiakós, para que se extendiera un pasaje de avión, a nombre de Plutarco Bonilla, desde San José hasta Salónica. Lo digo con sinceridad: yo no tenía la menor idea de qué se trataba ni a qué se debía tan bondadoso gesto; pensé, más bien, que en alguna parte alguien había cometido algún error.

Poco después pudo aclararse la situación. Con don Constantino había conversado varias veces sobre mi interés de seguir estudios de posgrado. El hecho de tener esposa y cuatro hijos..., y muy pocos recursos financieros, hacía muy difícil conseguir una beca que me permitiera llevar conmigo a toda la familia. Desde el principio de nuestras conversaciones, él trató de animarme para que fuera a estudiar a Grecia. No tuvo que esforzarse mucho, pues de inmediato me cautivó la idea.

Y aquí viene lo «bonito»: Sin decirme nada, don Constantino se puso en comunicación con el Embajador de Grecia en México. Pidió su ayuda y consiguió que yo fuera aceptado como estudiante en la «Universidad de Salónica “Aristóteles”» y que, además, me pagaran el pasaje por avión hasta aquella ciudad. Por olvido o por cualquier otra razón (quizás ni él mismo sabía que todo había ocurrido tan rápidamente), don Constantino no me había informado sobre el asunto.

Desafortunadamente, en aquella ocasión yo no podía aprovechar tan inesperada gracia. Por una parte, estaba terminando mi período como rector del Seminario Bíblico Latinoamericano; y, por otra, no tenía cómo sostener a mi familia, ni quería dejarla en Costa Rica, pues Salónica no está a la vuelta de la esquina.

No había pasado mucho tiempo cuando pude hacer realidad aquella ilusión y, en efecto, fui a estudiar a Grecia, pero no a Salónica sino a la capital del Ática, a la «Universidad Nacional y Kapodistríaca de Atenas». Y ese fue uno de los períodos más agradables de mi vida, por muchas y muy diversas razones.

El segundo dato consta de dos actos. El primero transcurre también en 1970 y tiene que ver con la celebración del bicentenario del nacimiento de Hegel. La Asociación Costarricense de Filosofía había programado una serie de conferencias para la ocasión. Para que fuera parte de esa serie, Láscaris me había pedido que diera una conferencia sobre «Hegel y la teología», lo que hice con gusto. Las actividades se realizaron en la sala que se puso a disposición de la Asociación de Filosofía en el edificio donde estaban las oficinas del Ministerio de Educación. (En el volumen VIII, número 26 de la *Revista de Filosofía* de la Universidad de Costa Rica se publicó el texto de dicha conferencia).

El segundo acto de ese segundo dato ocurre poco tiempo después, pero ya en 1971. Por aquella época debí salir de viaje para participar en la reunión de la Comisión de Fe y Constitución del Consejo Mundial de Iglesias, en Lovaina. Al regreso, apenas entré a mi casa, y aun sin poner la maleta en el suelo, mi hija, que a la sazón tenía once años, vino corriendo hacia mí, me abrazó y me dijo: «Papi, te has ganado un premio». Tampoco esta vez tenía idea de qué me estaba hablando. Mi esposa me mencionó algo de un concurso, pero no me dio más luces y quedé en las mismas. Cuando me mostraron la comunicación escrita, me percaté de que venía de la Embajada de Alemania. En ella se me informaba que, en efecto, había ganado el primer premio de un concurso que, sobre Hegel, habían convocado la propia Embajada y la Asociación Costarricense de Filosofía. La sorpresa inicial se hizo mayúscula, por una razón muy sencilla: este servidor no había participado en ningún concurso. Por lo menos, no era consciente de ello. No obstante, y por razones obvias, me alegré del hecho, aun sin saber qué había sucedido. Los libros y los dos mil colones que eran parte del premio me venían muy bien en aquellos días.

Sabía que quien podría ayudarme a dilucidar el misterio era el Dr. Láscaris. A él acudí y le conté la historia. De nuevo, con su típica sonrisa, me dijo que él se había tomado la libertad de enviar al concurso el texto de mi conferencia (texto que yo le había entregado para su publicación en la revista, pues él era el director). No me quedó más que agradecerle el gesto.

El tercer dato requiere una nota previa.

Don Constantino no limitó sus actividades académicas a su participación directa en la vida interna de la Universidad de Costa Rica. Rompió fronteras, creó instituciones (o impulsó su creación) tanto en la propia Universidad como fuera de ella, contribuyó con otros organismos culturales a la difusión de la cultura y del saber, incursionó en el periodismo escrito y televisivo, utilizó la radio... Algo particularmente digno de destacar es que su visión nunca fue egoísta: él no solo hizo sino que, además, se afanó por entusiasmar a otros para que también hicieran. Fue así como logró interesar a otros colegas para que, por medio de Radio Universidad de Costa Rica, dieran breves lecciones de historia de la filosofía. Si no me traiciona la memoria, el Dr. Mas Herrera fue quien primero estuvo a cargo de esos programas. Al concluir su participación, Láscaris trató de que yo me interesara en preparar una serie sobre filosofía griega. Tampoco esta vez le costó convencerme. Fue así como tuve a mi cargo una primera serie sobre «El nacimiento de la filosofía griega: de Tales a Platón», seguida por otra sobre «Aristóteles» y una tercera sobre «Filosofía helénica». Por falta de visión de algunas personas —no se trató ni de Láscaris ni de quien les habla—, esta última serie quedó incompleta.

Mi participación en esos programas de radio no estuvo exenta de detalles anecdóticos. Su relato quedará para otra ocasión.

In memoriam. ¿Y qué sigue?

Desde la perspectiva de estos recuerdos, debemos hacernos, precisamente, esta pregunta.

Creo que hay algunas tareas inconclusas que alguien, quizá de la casa de estudios donde ahora mismo nos encontramos, debería asumir. Una de ellas sería intentar recuperar la memoria de las muchísimas anécdotas que tienen que ver con la relación de don Constantino con los estudiantes, tanto de Estudios Generales como de la Escuela de Filosofía (y quizás también de otras unidades académicas). Debería incluir no solo lo que tiene que ver con cuestiones directamente ligadas a las clases y a los exámenes (por ejemplo, sus participaciones, *illo tempore*, en los exámenes orales

de fin de año, en Estudios Generales, durante los cuales se hicieron famosas sus preguntas, que a muchos tomaban por sorpresa), sino también aspectos más personales, como el de ofrecer ayuda financiera a jóvenes universitarios que iban a abandonar sus estudios por estar pasando por estrecheces económicas. Podríamos hacer con él, con Láscaris, lo que él quiso hacer con las filósofas acerca de las que quería escribir.

Hay otro aspecto de esto mismo que acabamos de decir que quizás debería también tomarse en cuenta. Se trata de las anécdotas, con frecuencia salidas de tono, que se le atribuían, cierta o legendariamente, a don Constantino, y que manifestaban la agilidad mental que poseía para responder, sobre la marcha, a situaciones que se le planteaban. No hace mucho, un distinguido profesional me contaba una de esas anécdotas y me garantizaba que era verdadera, pues había sido testigo presencial del hecho. Esto, muy probablemente tenga escaso valor académico. No sé si tendrá valor de algún otro tipo. Pero sí es ilustrativo de la agudeza de sus percepciones en situaciones muy diversas y de su capacidad para volcar la «argumentación» contra quien la había propuesto (¿al estilo del *in utramque partem disputare* que caracterizó a Carnéades?). En fin, sería otro detalle del retrato anecdótico.

Desde un punto de vista más estrictamente académico, también hay otras tareas pendientes. De una de ellas me siento deudor, pues es algo que ha estado rondando mi mente por muchos años, pero no he tenido el tiempo necesario para dedicarme a ello. Me refiero al proyecto —esta palabra quizás exprese más de lo que es el estado actual de la cuestión— de hacer un estudio cabal de Constantino Láscaris como historiador de la filosofía griega. Claro, habría que realizar tal estudio tomando en cuenta el contexto espacial y cronológico de su propia vida, pues mucha agua ha corrido ya bajo el puente desde el cual él hacía sus pesquisas (para decirlo utilizando una imagen muy heraclíteica y una palabra de resonancia fonética piscatoria). Aquí habría que tomar en consideración sus aportes docentes, incluidos los cursos «experimentales» de posgrado (el primer intento de un programa doctoral de filosofía, que inaugura con un curso sobre Heráclito), sus

traducciones de algunos filósofos presocráticos y sus artículos monográficos.

Ítem más: hace pocos días, un amigo chileno que residió por años en nuestro país, me preguntó si se ha hecho una recopilación de los artículos periodísticos de Láscaris. Recordé entonces una tesis de licenciatura, en la Escuela de Filosofía, sobre ese tema. Tesis que fue, por cierto, ocasión para un intercambio de opiniones contrarias entre algunos profesores de entonces.

Creo que podrían hacerse otros estudios particulares del pensamiento de nuestro autor. Solo me queda decir: La mesa está servida.

* * *

Y ahora, tantos años después, al volver a recordar esas «peculiaridades lascarianas» en el trato con otras personas (y, en este caso específico, con este «su seguro servidor»), ¿cómo agradecer al amigo, profesor y mentor, que ya no está entre nosotros, tal interés y expresión de aprecio?

Que estas palabras, que él ya no puede escuchar, sean recibidas por los demás, o sea, por ustedes, como sincero testimonio de mi perenne gratitud y como homenaje al Benemérito de la Patria Constantino Láscaris Comneno.

Y a ustedes, que han tenido paciencia para soportar el relato de estos recuerdos, sí puedo decirles: ¡Muchas gracias!

*Tres Ríos, Costa Rica
Agosto del 2004*

Nota

- * Texto leído el 11 de agosto del 2004 durante la mesa redonda que se realizó en homenaje al Dr. Constantino Láscaris, a los veinticinco años de su fallecimiento. Esta actividad fue organizada por la Asociación Costarricense de Filosofía con la colaboración de la Escuela de Filosofía de la Universidad de Costa Rica. El texto ha sido revisado y ampliado.